

ANA ROSSETTI

**LOLA SALVADOR**

# Aprender a leer

por **Lola Salvador**



PABLO SOROZÁBAL

**H**ay que tener cuidado con esta niña. Lo lee todo.»

Leía el hambre sucia en los servidores y la colonia fresca de los ricos y, por encima de todas las cosas, leía el odio.

Odiaban los vencidos con rabia y

despecho pero aún más parecían odiar los vencedores, como si éstos no hubiesen vencido lo bastante sobre aquellos, como si quisieran, éstos, que los santos, los dioses y los dueños de las prebendas les tuvieran que dar más razón, más gloria y más recompensa.

Todos los mayores odiaban. Ése es

el primer recuerdo de mi infancia. Leer aquel odio.

Y el bálsamo de aquel cruce de cóleras estaba en descifrar aquellos extraños signos que parecían más indelebles que las canciones de patio, los himnos y los cuchicheos del miedo; el sosiego era contemplar aquellos gara-





THOMAS HENRY, GUILLERMO EL ATAREADO, MOLINO, 1969.

batos siempre iguales, aquellas formas, aquellas letras, las mismas que había en la sopa, aquellas figuras importantes, mágicas, absolutas, tan idénticas a sí mismas, que seguramente encerraban el secreto y la explicación de todo lo que yo no alcanzaba a comprender.

Estaban detenidos aquellos años, los primeros de los cuarenta.

Me recuerdo correteando el pasillo, cabalgando el orinal, persiguiendo aquellos signos en los titulares de los periódicos, todos los de la mañana, todos los de la tarde; en los papeles de seda de los comercios, Lhardy, Zapatería Pelayo, Mantequerías Leonesas, Dulcinea, La Tierrauca, Los Pequeños Suizos; en las latas de aceite, en los envoltorios de las tabletas de chocolate, en los sellos de la cartilla del racionamiento.

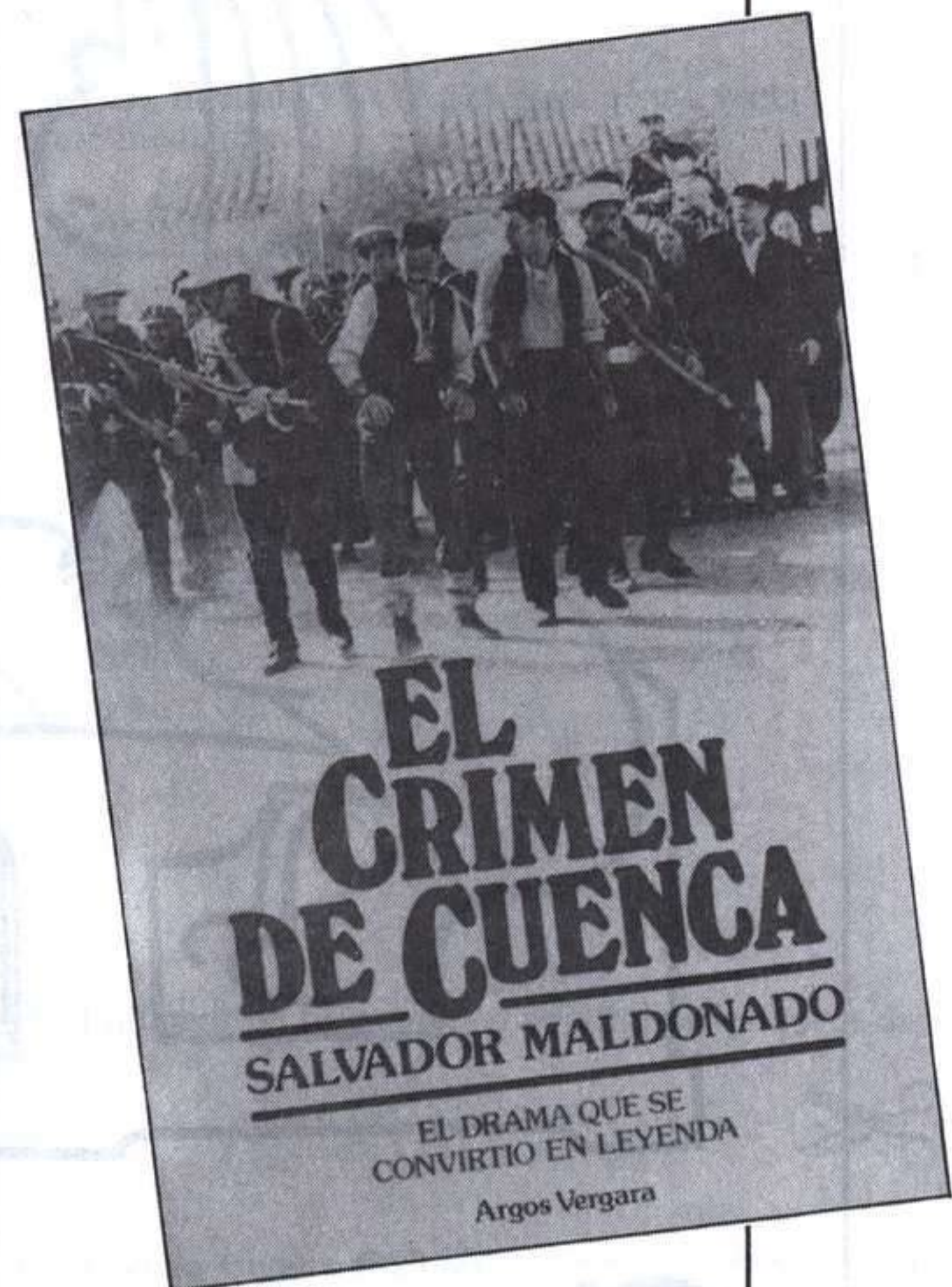
Lo último que descubrí fueron los libros, pero ya casi lo sabía todo. Aún no había cumplido los cuatro años.

Había aprendido a leer sola, como luego supe que habíamos aprendido muchos, sin maestro, sin catón, sin deletreo. Y fue por aquel entonces cuando escuché aquello de «... cuidado con esta niña...».

Ni los sonoros párrafos de *El Quijote* que retumbaban por la noche como lecciones magnas; ni los pesares de aquel caballito británico del Derby, novio de Ginger, *Black Beauty*; ni la húmeda llamada de los frutos de Blasco Ibáñez, aquellos jugosos melones abiertos; ni los rápidos disparos que rompían la oscuridad en las noveluchas del FBI; ni las incomprensibles frases de Ortega en los desencuadernados libros de la Biblioteca Nacional; ni los amores de *Escarlata*, ni las cursiladas de Jo, ni el tío Tom, ni Salgari, ni el adorable y anárquico Guillermo, ni aquel bobo de Cuchi-fritín, ni *The March of Times*, ni Roberto Alcázar y menos Pedrín... tuvieron el poder de fascinarme como me habían fascinado las primeras lecturas que brotaban de la realidad, del papel del asperón, de la inclinada caligrafía de los anuncios y de aquella primera lectura del odio y la memoria amordazada.

Quizá por eso, decidí, desde muy pequeña, que cuando supiera, no ya leer, sino escribir, iba a dedicar mi vida a este oficio, porque en ningún libro había leído mi propia escritura, lo que yo había aprendido a leer. ■

## Bibliografía



### Libros

- El crimen de Cuenca*, Barcelona: Argos Vergara, 1979.
- Mamita mía, tirabuzones...*, Barcelona: Planeta, 1981.
- La sonrisa de Madrid*, Barcelona: Plaza & Janés, 1988.
- Mamaíta y Papantonio*, Barcelona: Plaza & Janés, 1988.
- El mar de la leonera*, Barcelona: Plaza & Janés, 1989.

### Guiones de cine

- El crimen de Cuenca* (1979).
- Bearn o la sala de las muñecas* (1982).
- Las bicicletas son para el verano* (1984).
- Barrios altos* (1987).